

**HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES:  
LECTURAS DE UN DEBATE FRANCÉS ALREDEDOR DE 1900**

**JACQUES REVEL\***

---

\* Director de estudios y actual Presidente de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris.

## Resumen

El trabajo presenta el célebre debate de 1903 entre François Simiand, discípulo de Emile Durkheim, y los historiadores franceses más prestigiosos de fines del siglo XIX, tales como Paul Lacombe, Charles Seignobos y Charles Victor Langlois. Simiand cuestiona la Historia del acontecimiento y de los grandes personajes que prevalecía hasta el momento y sugiere que el único método posible es el de las Ciencias Sociales, basado en estadísticas y capaz de producir abstracciones de tipo científico. El debate entre Historia y Ciencias Sociales se renueva en la década de 1960 entre la “escuela” de los *Annales* y el influyente estructuralismo de esos años.

## Abstract

The article presents the famous debate of 1903 between François Simiand, Emile Durkheim's disciple, and the most prestigious French historians of the late XIX century, such as Paul Lacombe, Charles Seignobos, and Charles Victor Langlois. Simiand questions the History of events and great characters prevailing until that moment, suggesting the only method possible is the one of Social Sciences, based on statistics and capable of producing abstractions of a scientific type. The debate between History and Social Sciences is renewed in the 1960's by the Annales School and the influential structuralism movement of those years.

## 1.

Al menos en teoría, el debate parece insertarse en las prácticas científicas normales. La historia de las ciencias, en sus versiones más clásicas, nos ha habituado a concebir el debate como una de las formas más legítimas de la condición y del progreso científico. Se ha hecho con frecuencia, explicando lo anterior por lo posterior, en una perspectiva teleológica que parece imponerse con mayor evidencia en tanto se trata de una historia de los saberes, es decir de una evolución que parece avanzar constantemente. El debate se presenta generalmente como un momento obligado del progreso, una crisis necesaria y finalmente saludable en la cual se impone la verdad, o al menos una mayor verdad. La puesta en escena, cuando es objeto de la narración histórica, obedece a convenciones de la dramaturgia relativamente simples y convincentes. Tiene el inconveniente de ser anacrónica. En efecto, sugiere que se lea el conjunto del debate a partir de su punto de llegada - de sus resultados - a partir, entonces, de la posición que ha prevalecido y que luego es aceptada más o menos durablemente. Al mismo tiempo, este tratamiento corre el riesgo de hacer olvidar cuáles han sido las condiciones efectivas del debate, en un momento en el que no se imponía aún ninguna solución, o donde sobre todo, la configuración diseñada por posiciones enfrentadas, no estaba todavía estabilizada ni claramente identificada por los protagonistas.

Me propongo dar cuenta de un debate que ha sido célebre. Al poco tiempo ya había sido casi olvidado, y fue redescubierto hace una veintena de años: en esta ocasión fue reinterpretado, estilizado<sup>1</sup>. El debate devino ejemplar (incluso se le ha atribuido muchos tipos de ejemplaridad, tema sobre el cual volveré a lo largo de este artículo) lo que equivale a decir que se le ha conferido *a posteriori* una o dos significaciones en función, bien

---

<sup>1</sup> Ver en particular: Jacques Revel "Histoire et sciences sociales: les paradigmes des *Annales*", *Annales ESC*, 6, 1979, p. 1360-1376; Madeleine Rebérioux, "Le débat de 1903; historiens et sociologues", in Charles-Olivier Carbonell et Georges Livet, eds. *Au berceau des Annales*, Toulouse, 1983, p. 219-230; Philippe Besnard, "The Epistemological Polemic: François Simiand", in Philippe Besnard, ed., *The Sociological Domain. The Durkheimians and the Founding of French Sociology*, Cambridge (UK) - Paris, 1983, p. 248-262. Marina Cedronio, "Il territorio della sociologia, strategie e metodi nell'opera di F. Simiand (1898-1912)", *Prospettiva Settanta*, 2, 1982, p. 290-301; Id.,

entendida, de la historia posterior. Este debate presenta otro interés: no ha encontrado un desenlace inmediato. Es una situación a la que se han acostumbrado las ciencias sociales y humanas: las confrontaciones no encuentran, habitualmente, una solución clara, neta. Es raro que una posición gane definitivamente sobre alguna otra hasta hacerla inaceptable e insignificante. Por lo común, las dos posiciones -pueden ser más numerosas, esto es evidente- continúan coexistiendo, lo que no significa en absoluto que el espacio de la discusión no resulte afectado por la crisis. Pero se trata de una historia menos fácil de leer que el relato que se nos ha propuesto habitualmente, cuando se trata de la historia de las ciencias duras que prefiere ser presentada en términos de rupturas, de revoluciones y de refundaciones<sup>2</sup>.

Estas observaciones se aplican enteramente al debate del que me ocupó aquí. Quisiera describir las condiciones en las cuales ha tenido lugar, es decir, de asirlo en su dimensión contemporánea. No se trata sólo de reconstruir el contexto general, sino la serie de contextos, distintos y parcialmente disociados, en los que se dibujan las oposiciones, se organizan los frentes de lucha, y surgen y son valorados los desafíos. Quisiera sugerir también, que el debate se juega simultáneamente en varios niveles, al interior de configuraciones que no se superponen necesariamente porque obedecen a lógicas que se sitúan en diferentes escalas.

## 2.

François Simiand ha sido reconocido como un sujeto brillante. Su historia puede parecer emblemática del modelo de éxito académico e intelectual en la Francia de la Tercera República. Nacido en 1873, era hijo de un maestro rural. Sus cualidades escolares llamaron la atención de sus maestros: del liceo de Grenoble a la École Normale Supérieure, donde fue admitido en 1892, escala rápidamente las etapas de la consagración universitaria. En la École Normale, eligió estudiar la disciplina-reina, la filosofía, con el mismo éxito imperioso. Henri Bergson, bajo cuya dirección efectúa una práctica pedagógica después de la “*agregation*”<sup>3</sup>, habría reconocido en él “el espíritu más destacado que jamás había encontrado entre sus estudiantes y el mejor dotado sin duda para la filosofía”. Sus

---

“Présentation”, in F. Simiand, *Méthode historique et sciences sociales, choix et présentation* par Marina Cedronio, Paris 1987, p. 5-37; Gérard Noiriel, “L’éthique ‘de la discussion’. A propos de deux conférences sur l’histoire (1903-1906)”, in Lucien Gillard et Michel Rosier, eds, *François Simiand (1873-1935). Sociologie, Histoire, Economie*, Paris, 1996, p. 79-93; Laurent Mucchielli, “L’épistémologie durkheimienne, l’ancienne et la nouvelle histoire”, *ibid.*, p. 111-123.

<sup>2</sup> Mucho se ha escrito recientemente sobre esta cuestión. Ver la muy útil reflexión de Jean-Louis Fabiani, “Controverses scientifiques, controverses philosophiques. Figures, position, trajets”, *Enquête*, 5, 1997, p. 11-34.

<sup>3</sup> Nota del traductor: en Francia, examen de admisión a la docencia.

camaradas normalistas fueron unánimes al testimoniar sobre su precoz destreza y brillantes cualidades personales e intelectuales<sup>4</sup>.

En el seno de esta élite de mérito, Simiand eligió incorporarse a una pequeña élite aún más cerrada: decide muy pronto vincularse al pequeño grupo de discípulos reunidos en torno a Emile Durkheim y que tenía por objetivo imponer la sociología como una disciplina científica con pleno derecho, por una parte; y demostrar, por la otra, las posibilidades que ofrecía al conjunto de lo que recién se comenzaba a llamar en Francia “ciencias sociales”. El proyecto científico de la disciplina sociológica acababa de ser codificado, de una manera rigurosa y ambiciosa, por el mismo Durkheim en *Les Règles de la méthode sociologique* (1894); sin demora el maestro demostró la eficacia práctica de las mismas en sus primeros trabajos críticos y empíricos (*De la division du travail social*, 1893; *Le Suicide*, 1897). El territorio, inmenso, que reivindicaba el desarrollo de la sociología comenzaba a ser delimitado sistemáticamente en *L'Année sociologique*, lanzado en 1898. *L'Année* fue la obra colectiva del grupo de durkheimianos. Publicaba trabajos originales pero sobre todo, reseñas críticas de publicaciones corrientes: reseñándolas, los jóvenes sociólogos las evaluaban por cierto, y trataban de despertar la atención de sus lectores; aprovechaban también para hacer valer de paso lo que podría haber sido una mejor posición de los problemas tratados, un tratamiento más conforme con lo que ellos estimaban eran las reglas del método. *L'Année sociologique* fue entonces concebida como una revista de combate. Se puede encontrar irritante -y sin ninguna duda éste era el caso- el rol de correctora de culpas epistemológicas que se había conferido desde el comienzo. Con un siglo de distancia, uno no puede sino expresar admiración, por el contrario, frente a la energía militante, la exigencia intelectual y el compromiso individual y colectivo de sus colaboradores de los años de pre-guerra<sup>5</sup>.

Simiand tuvo muy pronto un rol esencial en el seno de este grupo. En efecto, él había sido el responsable de la rúbrica “L'année sociologique” de la *Revue de métaphysique et de morale* a partir de 1896, que precede y prepara la creación de una publicación autónoma. Contaba con la confianza personal de Durkheim, sin que esto haya puesto jamás en riesgo su independencia: se le debe por ejemplo, una de las mejores y más críticas lecturas del *Suicide*<sup>6</sup>. En razón de sus intereses personales - los que debían orientar durablemente su obra científica - toma a su cargo la sección “sociologie économique” de *L'Année*. Pero

---

<sup>4</sup> El juicio de Bergson ha sido recogido por Maurice Halbwachs, “François Simiand”, *Journal de la Société statistique de Paris*, juillet-septembre 1935, p. 252-256; sobre el brillante joven Simiand, ver entre otros Hubert Bourgin, *De Jaurès à Léon Blum. L'École normale de la politique*, Paris 1938 (rééd. Paris 1975), p. 348-350)

<sup>5</sup> Sobre el grupo de *L'Année sociologique*, los trabajos de Philippe Besnard son los más importantes: cf. *The Sociological Domain*, cit., y más particularmente “*The Année Sociologique Team*”, p. 248-262; “La formation de l'équipe de l'Année sociologique”, *Revue française de sociologie*, XX, 1, 1979, p. 7-31.

<sup>6</sup> François Simiand, reseña de E. Durkheim, *Le Suicide, étude de sociologie*, “L'Année sociologique 1897”, *Revue de métaphysique et de morale*, 1898, p. 641-651.

su rol no se detenía en esto. Simiand era un militante por vocación. Como muchos de sus camaradas normalistas, y entre ellos los durkheimnianos en particular, adoptó una militancia política: era socialista y participó en primera línea del combate por Dreyfuss en apoyo de Péguy, de Herr, de Andler, de Blum y otra sindical con Mauss. Se afirma, en fin, entre los jóvenes durkheimnianos, como el representante oficial de las polémicas científicas. De esa manera debió afrontar, sucesivamente, a los historiadores - ese es el debate que nos ocupa -, a los geógrafos, a los economistas, en ocasión de una serie de confrontaciones memorables, a veces ásperas, que se pueden considerar como prolongaciones del trabajo crítico de L' *Année sociologique*.

El 3 de enero de 1903, Simiand presenta ante la Société d'Histoire Moderne, una comunicación titulada "Méthode historique et science sociale". La ponencia fue objeto de una "fuerte discusión" durante esa reunión, según sus propios términos, y tan remarcable que pronto fue publicada por la muy nueva *Revue de synthèse historique*, es decir en uno de los espacios privilegiados de proposición y de discusión científica y metodológica en Francia durante los primeros años del siglo<sup>7</sup>.

El texto de Simiand, fiel a las prácticas de los durkheimnianos en L' *Année Sociologique*, se presenta como una reacción a las obras de los historiadores Paul Lacombe (*De l'histoire considérée comme science*, París 1894) y Charles Seignobos, (*La Méthode historique appliquée aux sciences sociales*, París 1901). La primera, ya antigua, propone reformar las prácticas de los historiadores, de modo que resulten aptas para identificar las recurrencias y las leyes. La segunda, mucho más reciente, se presenta como una defensa del punto de vista histórico frente a la ambición nomotética de las ciencias sociales. Seignobos insiste allí sobre la prudencia saludable y necesaria que enseña la práctica de la historia, a partir de una crítica de las condiciones del conocimientos histórico, que él estima valioso para todos los abordajes que aprehenden lo social. Pero estas referencias no son suficientes para dar cuenta del proyecto de Simiand. Considerando que él ya había tenido ocasión de polemizar con Seignobos algunos años antes y de esbozar en esta ocasión las grandes líneas de su crítica<sup>8</sup>, el programa que se fija en 1903 es de otra amplitud. Se trata nada menos que de una lección de *método* -esta es la gran palabra del debate científico en Francia hacia finales del siglo-, o de lo que llamaríamos actualmente de una lección de epistemología del conocimiento científico.

Los historiadores, constata Simiand, están hoy en día, como todos los otros especialistas, obsesionados por los problemas de método. La reorganización de la disciplina, desde el final de los años 1870, y su profesionalización rápida están acompañadas de

<sup>7</sup> François Simiand, "Méthode historique et science sociale. Etude critique à propos des ouvrages récents de M. Lacombe et de M. Seignobos". *Revue de Synthèse historique*, p. 1-22, 122-157. Sobre el rol de la *Revue de Synthèse historique*, cf. Agnès Biard, Dominique Bourel, Eric Brian, eds, *Henri Berr et la culture du XXe siècle. Histoire, sciences et philosophie*, Paris 1997.

<sup>8</sup> Reseña de Ch.-V. Langlois et Ch. Seignobos, *Introduction aux études historiques* (1898), *Revue de métaphysique et de morale*, p. 633-641.

extremas exigencias que afectan el aprendizaje y la práctica del oficio. La ciencia histórica francesa se ha inspirado ampliamente en las reglas de la erudición alemana para codificar más rigurosamente un conjunto de prácticas intelectuales, que deben servir para fundar un conocimiento objetivo. El método histórico es un “proceso de conocimiento experimental indirecto”, que no le es propio. Presenta en revancha, la originalidad de acercarnos a realidades que tuvieron lugar una sola vez, y “que no son evocables de nuevo por la experimentación artificial”: no son reproducibles. Por otra parte, el método histórico sólo constituye un “proceso de conocimiento”. Desde el momento que los documentos sobre los que trabaja el historiador no son “observaciones”, en el sentido científico de la palabra, está obligado a instrumentar un cierto número de técnicas críticas destinadas a verificar la autenticidad de los documentos, y a establecer su contenido y su significación. Ahora bien, los procedimientos sobre los cuales se fundan las ambiciones y las certidumbres de la ciencia histórica - de la “historia positiva” como la llama ahora en forma desafiante - no podrían, a los ojos de Simiand, calificarla como ciencia. La crítica se desarrolla esencialmente sobre tres puntos vinculados entre ellos.

El primero se refiere a la definición de la objetividad científica. En una suerte de lección de epistemología elemental, el sociólogo recuerda que “la objetividad no es una propiedad inherente a las cosas”. La objetividad está construida por aproximaciones (“por etapas”), según modalidades que deben ser explicitadas, y que garantizarán que la constitución de datos y los resultados obtenidos sean “independientes de nuestra espontaneidad individual”. Por ende, no hay conocimiento del lado de la materialidad del objeto al que apunta, si no es al precio de una elaboración que producirá “un hecho científico que será una abstracción”. La abstracción es una operación que permite aislar el fenómeno que se quiere estudiar, extraerlo de la indiferenciación de lo real; sólo ella permite construir relaciones idóneas para ser considerada como una ciencia. La abstracción es a la vez, “legítima y necesaria”.

Se llega aquí al segundo punto de la crítica. Lo que Seignobos opone precisamente a los sociólogos, es el hecho de que la nueva disciplina que ellos promueven sólo reflexionaría, según él, sobre abstracciones. A los ojos de los historiadores, “el hecho social es sólo una abstracción”, en tanto que “los fenómenos sociales (...) solo pueden tener un origen individual”; ellos provienen siempre, en último análisis, “de acciones, de ideas individuales, repetidas, generalizadas”. Tal afirmación choca frontalmente contra el principio fundador de la sociología durkheimniana que proclama, al contrario, la anterioridad de la sociedad en relación con el individuo. Simiand recuerda este principio con fuerza denunciando el individualismo originario de los historiadores como una ficción embarazosa: “En ninguna parte, en el origen, se encuentra un contrato entre individuos anteriormente independientes y aislados: por el contrario, se encuentra una integración más completa, más entera, del individuo en el grupo, una ‘indiferenciación’ del individuo en la cual es imposible reconocer la fuente original y un poder creador de la sociedad misma”.

En fin, y es el tercer punto de la crítica desarrollada por Simiand, los objetos que el historiador elige estudiar de manera privilegiada son precisamente objetos que no se pres-

tan a un esfuerzo de conocimientos científico, por la doble razón que ha sido mencionada: son figuras de lo individual y ellos no pueden ser objeto de procedimientos de abstracción. Llegó el momento, para el sociólogo, de denunciar lo que él llama -por referencia a Bacon- los “ídolos de la tribu de los historiadores”. Vale la pena citar en extenso, lo esencial de esta célebre requisitoria, invocada con frecuencia, y los equívocos que denuncia irónicamente:

“1) El ‘ídolo político’, es decir el estudio dominante, o al menos la preocupación perpetua de la historia política, de los hechos políticos, de las guerras, etc., que llega a otorgar a estos sucesos una importancia exagerada, y que como la contingencia tiene tal vez en esta categoría de hechos la parte más fuerte, retarda por lo tanto la aceptación de la actitud científica, haciendo más difícilmente admisible y practicable la eliminación metódica de influencias, y menos concebible y posible el establecimiento de regularidades y de leyes (...).

“2) El ‘ídolo individual’, o el hábito adquirido de concebir la historia como una historia de *individuos* y no como un estudio de *hechos*, hábito que todavía acarrea comúnmente, el ordenamiento de las investigaciones y de los trabajos en torno a un hombre y no de una institución, de un fenómeno social, de una relación a establecer (...)

“3) El ‘ídolo cronológico’, es decir el hábito de perderse en el estudio de los orígenes, en investigaciones de diversidades particulares, en lugar de estudiar y de comprender primero el tipo normal, buscándolo y determinándolo en la sociedad y en la época en la que vive. (...) Consiste, en una palabra, en considerar todos los hechos, todos los momentos como indistintamente dignos de estudios y susceptibles de un mismo estudio. (...) En lugar de dejarlo librado a las sugerencias del medio y del momento, el cuestionario con el que indagamos el pasado, está conformado por una determinación previa de conjuntos bien definidos, de tipos constituidos en un tiempo y en un lugar que tenemos la posibilidad de poder establecer, y por lo tanto, debemos preparar nuestros recursos de acuerdo a fenómenos anteriores capaces de ser explicados genéticamente. En lugar de desarrollar mecánicamente, indefinidamente, este tejido de la cronología pura y simple que, como lo hemos visto, no es un ordenamiento sincero y en el fondo, en el peor de los casos, es necesario buscar los agrupamientos explicativos, con coherencia objetiva, para comprender las verdaderas relaciones, aún las de sucesión y preocuparse por conocer lo normal y lo adulto antes de querer asir la diversidad particular, el caso excepcional y el embrión indiferenciado”<sup>9</sup>.

Ahora se puede medir mejor la violencia del ataque. En el mismo momento en el que los historiadores, por otra parte vestidos de un formidable magisterio político en un país humillado y que prepara la “revancha” contra Alemania, dedicados desde hacía una generación a codificar los métodos y las técnicas de su oficio, cuando piensan que por fin

---

<sup>9</sup> François Simiand, “Méthode historique et science sociale”, cit., p. 166-169 de la edición Cedronio citada en nota 2.



han logrado igualar el modelo alemán<sup>10</sup>, he aquí que vienen a explicarles que su proyecto ha sido mal concebido desde el comienzo y que no respeta ninguna de las exigencias elementales de cualquier proceso científico. Pues de eso se trata. Para Simiand, los objetos que eligen con mayor frecuencia los historiadores, no pueden ser aprehendidos por un conocimiento científico riguroso, y por varias razones. Primero porque se trata de figuras individuales y el caso singular no sería, a los ojos de los sociólogos, objeto de ningún conocimiento en tanto que no esté inscripto en una serie (o como él dice, en un “tipo”). Segundo, porque los historiadores tienen una concepción errónea de lo que es un hecho. Ellos piensan identificar en los documentos hechos ya constituidos de los cuales les corresponde verificar la realidad y su importancia con la ayuda de métodos aprobados por la erudición. Ahora bien, esto no es un hecho de observación construido en función de una hipótesis explicitada, que debe ser luego sometida a un procedimiento de validación empírica. En fin, los historiadores recurren abusivamente, según Simiand, a la noción de causa, precisamente porque los objetos con los que ellos se obsesionan no se prestan a una explicación en términos causales. Con frecuencia, ellos llaman causa, a un hecho, a un suceso que fue simplemente un antecedente en el orden cronológico o en el orden de la narración del pasado, según el modelo: *post hoc ergo propter hoc*; o bien se contentan con explicaciones verosímiles, plausibles -con mayor frecuencia fundadas, implícitamente, en una psicología trivial- para dar cuenta del encadenamiento de los sucesos. O bien, reconstruyen este encadenamiento a partir de un supuesto punto de llegada de un determinado proceso histórico, cediendo así a una perspectiva finalista que explica lo anterior por lo posterior. Ninguno de estos usos es susceptible de responder a lo que se debe esperar de un modelo riguroso de causalidad al que es necesario devolverle su “sentido estrictamente positivo”: “según la fórmula de Mill, la causa de un fenómeno no es otra cosa que, el fenómeno antecedente, invariable e incondicional. El establecimiento de un lazo causal no se produce entre un agente y un acto, ni entre un poder y un resultado, sino entre dos fenómenos exactamente del mismo orden; implica una relación estable, una regularidad, una ley. No hay causa, en el sentido positivo de la palabra, más que allí donde hay una ley, al menos concebible”<sup>11</sup>.

A través de esta batería de críticas devastadoras, es evidente que Simiand propone un contra-modelo, una reformulación de la agenda epistemológica de los historiadores, pero al mismo tiempo una reforma de sus formas de trabajo más habituales. Si la historia tiene la ambición de transformarse en una ciencia, debe desprenderse del empirismo erudito que reivindica y que descansa, en efecto, sobre toda una serie de elecciones no explí-

<sup>10</sup> Cf. William Keylor, *Academy and Community. The Foundation of the French Historical Profession*, Cambridge, Mass., 1975; Charles-Olivier Carbonell, *Histoire et historiens. Une mutation idéologique des historiens français, 1865-1885*, Toulouse, 1976. Sobre la obsesión del modelo alemán, ver el bello libro de Claude Digeon, *La Crise allemande de la pensée française*, Paris 1959.

<sup>11</sup> François Simiand, “Méthode historique et science sociale”, cit., p. 127-131 (cita en p. 131)

citas. Debe desprenderse, también, de su fascinación por lo único, lo singular, y cesar de definirse como el conocimiento de las cosas que tuvieron lugar una sola vez, ya que este conocimiento no puede, por definición, ser científico. La historia no obtendrá el reconocimiento completo de estatus científico, si no se impone exigencias comparables a las de las otras ciencias. La dimensión temporal debe dejar de estar sujeta a una cronología lineal constrictiva, para transformarse en un cuadro de observación en el cual sea posible hacer aparecer, según procedimientos explícitos, las variaciones y las regularidades. De esa forma podrá servir de espacio de experimentación para un abordaje científico de los hechos sociales susceptibles de soportar una comparación tanto en la diacronía como en la sincronía y que a continuación permitirá inducir leyes. “Por ende, si el estudio de los hechos sociales se constituye en ciencia positiva, la historia se desprenderá de los hechos únicos para ocuparse de los hechos que se repiten, es decir, dejará de lado lo accidental para ocuparse de lo regular, eliminar lo individual para estudiar lo social”<sup>12</sup>.

La propuesta de Simiand rompe pues brutalmente con los hábitos profesionales de los historiadores. Es constructivista. El historiador debe proveerse sus propios hechos. Debe construirlos en función de una hipótesis de la que debe dar cuenta y verificar empíricamente su validez. El relato histórico es una trampa, o una comodidad retórica que permite eludir las dificultades de una explicación verdaderamente científica. Es necesario entonces, liberarse de él tanto como sea posible, y en todo caso neutralizarlo. La historia que ambiciona Simiand y que se esforzará en ilustrar en una serie de obras posteriores<sup>13</sup>, es de naturaleza experimental, a la vez en su manera de tratar sus objetos y en los informes sobre sus resultados, y debe evocar el protocolo de una experiencia en las ciencias de la naturaleza. La historia debe, en todo caso, renunciar a ser una representación del pasado: “Ella no es en ningún caso una representación integral, un registro autónomo de todos los hechos del pasado, ni tampoco de todos aquellos que los documentos subsistentes nos permiten conocer”. Le corresponde, por el contrario, aliarse con las ciencias sociales en “un trabajo inseparable de investigación y de elaboración, de análisis y de construcción, de información positiva y de trabajo inductivo y sistemático”<sup>14</sup>

---

<sup>12</sup> Ibid., p. 131.

<sup>13</sup> Las principales obras de F. Simiand datan del período de entre guerras. Se las recuerda aquí de memoria: *Statistique et expérience. Remarques de méthode*, Paris 1922; *Le salaire, l'évolution sociale et la monnaie. Essai de théorie expérimentale du salaire*, Paris 1932, 3 vols.; *Les Fluctuations économiques à longue période et la crise mondiale*, Paris 1932; *Recherches anciennes et nouvelles sur le mouvement général des prix du XVIe au XIXe siècle*, Paris 1932.

<sup>14</sup> François Simiand, “Méthode historique et sciences sociale”, cit.p. 141-161

## 3.

Se habla mucho de “ciencia” o de “actitudes” o de “reglas científicas” en el debate de 1903<sup>15</sup>, que puede, por otra parte, resumirse en una interrogación central: ¿Es la historia una ciencia? Y si no lo es ¿en qué condiciones puede llegar a serlo?

Esto, es bien sabido, es el objeto de una muy amplia y vigorosa discusión que, desde los años 1880, moviliza a los filósofos, los historiadores y, en último lugar, a las ciencias sociales que emergían en ese momento. No es nuestra intención resumir aquí este tema, en tanto va más allá de los propósitos de este artículo. La descripción es por otra parte compleja porque atraviesa permanentemente dos dimensiones muy diferentes: cuestiones muy generales y un fuerte enraizamiento en tradiciones intelectuales, en configuraciones disciplinarias, en agenciamientos institucionales, en inversiones ideológicas y políticas muy diferentes. Desde el mundo alemán a los Estados Unidos, de Italia a Francia, las respuestas contienen, esto va de suyo, un cierto número de referencias comunes, ya que el debate ha tenido un alcance internacional. Sus respuestas más que suscitar un diálogo se yuxtaponen. La versión francesa ofrece sin duda un buen ejemplo de esta compartimentalización de hecho.

En Francia, el problema fue primero planteado por los historiadores en el marco de una empresa de refundación de su disciplina, que ya se ha tenido ocasión de evocar. La presentación inaugural del primer número de la *Revue historique* (1876) que señala el comienzo de este programa de reorganización en profundidad, lo afirmaba sin ambages bajo la pluma de Gabriel Monod: “Se ha pensado que la historia debe ser el objeto de una investigación lenta y metódica, en la que se avance de lo particular a lo general, del detalle al conjunto; donde se esclarezcan sucesivamente todos los puntos oscuros a fin de obtener finalmente, cuadros completos y de poder establecer sobre grupos de hechos debidamente constatados las ideas generales susceptibles de ser probadas y verificadas”. La humildad está entonces a la orden del día. Dos peligros amenazan al historiador: la síntesis prematura, para lo cual todavía no ha llegado el momento, la tentación de “obras brillantes” -de las cuales el siglo XIX ha dado tantos ejemplos- y la filosofía de la historia, casi unánimemente rechazada como inútil y falaz. Por el contrario, se debe constreñir a trabajar según reglas rigurosas y compartidas. Estas son las que codificaron Langlois y Seignobos en su célebre manual, *Introduction aux études historiques* (1898), y que han sido, como se ha visto, el blanco de las primeras críticas de Simiand. No se trata de una obra teórica, ni en ningún caso de un manifiesto como pretenden su oponentes con frecuencia. Se trata sobre

---

<sup>15</sup> El debate no se detiene por otra parte en 1903. Se prolonga en los años que siguen delante de la Société française de philosophie donde Simiand interviene en 1906 con una ponencia sobre “La causalité en histoire”, después Seignobos en 1907 y 1908 con dos conferencias sobre “Les conditions pratiques de la recherche des causes dans le travail historique” y sobre “L’inconnu et l’inconscient en histoire”. Estas conferencias fueron resaltadas en las páginas de la *Revue de Synthèse historique*. Se encuentran las referencias necesarias en Gillard et Rosier, eds. *François Simiand... cit.*

todo de la presentación de “conocimientos previos” (la archivística y las ciencias auxiliares) y de “operaciones analíticas” (la crítica de fuentes), antes de una breve sección consagrada a las “operaciones sintéticas” donde Seignobos comenta lo que él llama “la construcción histórica”: una reflexión totalmente práctica destinada a estudiantes debutantes, que mezcla las certidumbres metodológicas y recetas empíricas probadas. El conjunto traduce esencialmente la convicción de que es posible definir un estándar profesional para los historiadores y que es probablemente abusivo buscar un verdadero discurso del método. Pero en verdad, Langlois y Seignobos no ven la necesidad de tal discurso. Para ellos la tarea del historiador consiste esencialmente, en distinguir lo verdadero de lo falso y en garantizar que todas las piezas de la construcción histórica hayan sido previamente verificadas. El resto, en el fondo, no importa mucho - aún admitiendo que fuese necesario alguna otra cosa. Es precisamente contra esta auto-limitación que había reaccionado Simiand en 1898, comentando la *Introduction*: “Una disciplina especial puede ser aquí necesaria para establecer la colecta de esos hechos individuales, contingentes (...) debido a su cantidad y a la dificultad de ocuparse de todos; pero esta disciplina, teóricamente necesaria, no puede ser considerada como la ciencia principal”<sup>16</sup>.

Pero Simiand no fue el primero en abrir el debate. Había comenzado de hecho, desde los primeros años 1890 con la publicación del libro de Paul Lacombe, *De l'histoire considérée comme science* (París 1894), que ya proponía dejar atrás la etapa de la crítica y del establecimiento de los hechos -salvo que se renunciara a toda legitimidad científica. Lacombe lo hace en nombre de una concepción positiva de la ciencia, que expresa las mismas prevenciones que las que animan a la comunidad de historiadores. Pero él lo hace también desplazando el problema y proponiendo otras exigencias, que anticipan las de Simiand (y que éste saludará favorablemente en el texto de 1903): “El acontecimiento, el hecho histórico visto desde la óptica de lo singular, es refractario a la ciencia porque ésta es ante todo una constatación de cosas similares (...). La filosofía de la historia ha fracasado en sus tentativas por no haber comprendido el carácter anticientífico del acontecimiento y haberlo querido explicar de la misma forma que a las instituciones”<sup>17</sup>. Entre esos dos escollos, es necesario entonces, tomar partido por otra vía e imponerse la identificación de regularidades estadísticas, como lo hacen las ciencias de la naturaleza. Lacombe no es un historiador universitario. Es un inspector de archivos y de bibliotecas con saber enciclopédico y no es tampoco un epistemólogo. Es un cientista que, durante toda su vida, soñó con identificar las leyes generales de la historia en base a un modelo rigurosamente determinista, estimando que debería hasta permitir formular predicciones. Es entonces, esta proposición radical la que sirve de base al debate que se produce en esos años sobre el estatuto científico de la historia. El debate se endurece tanto más porque los historiadores,

---

<sup>16</sup> François Simiand, reseña crítica de Charles-Victor Langlois et Charles Seignobos, *Introduction aux études historique* (1898), *Revue de métaphysique et de morale*, 1898, p. 99-108 (cita en página 108)

<sup>17</sup> Paul Lacombe, *De l'histoire considérée comme science*, Paris 1894, p. 10-11

por su parte, se limitan a una definición que se podría llamar minimalista. Esta configuración señala también los límites del debate. Sin duda Simiand, no es Lacombe, aún si el primero enrola al segundo bajo el estandarte sociológico en su texto de 1903. Su concepción de la ciencia social es más compleja y mejor articulada. Resta decir que el carácter radical de las posiciones enunciadas al comienzo reduce el espacio y la posibilidad misma de una discusión abierta. Cada uno está, en cierta manera, obligado a asumir su peor rol. Por ejemplo, Seignobos no es ciertamente el empirista cerrado que denuncia Simiand y, más ásperamente después de él, L. Febvre (aunque no Bloch). Algunas de sus reflexiones sobre la dimensión psicológica de los testimonios, sobre “lo desconocido y el inconsciente en historia”, merecen más que el anatema y ciertamente su pensamiento no se reduce a las enseñanzas de la *Introduction aux sciences historiques* o al *Méthode historique appliquée aux sciences sociales*. Pero cada uno está obligado a defender su campo -se verá mejor por qué, más adelante. Entretanto, dos breves observaciones pueden esclarecer el debate francés y sus límites.

El primero concierne a la acusación de “positivismo”, que reaparece con frecuencia en la discusión y más aun en los comentarios posteriores. La posición de Seignobos y, más generalmente la de los historiadores, es denunciada como positivista, lo que es por supuesto una manera de estigmatizar al adversario. Esta calificación es engañosa porque sugiere una oposición que no es ciertamente significativa. Los historiadores franceses reivindican más bien su pertenencia a una escuela “metódica”; ellos estaban dispuestos a hablar de una historia “positiva”: fueron sus críticas las que, por un deslizamiento semántico abusivo, introdujeron el término “positivista”. No se trata de que Seignobos y sus amigos hayan recusado la palabra, que probablemente no los hubiera amedrentado. Pero tiene el inconveniente, por una parte, de hacer referencia a una posición filosófica que no ha sido tomada en cuenta para nada en sus escritos ni en sus trabajos. Por otra parte y sobre todo, se equivoca al trazar una línea divisoria no pertinente entre los protagonistas del debate. Lacombe es sin ninguna duda un positivista. Simiand reivindica también, en muchas ocasiones, un abordaje científico “positivo”. Pero allí donde los historiadores extraen de sus certidumbres metódicas la convicción de que es necesario, al menos provisoriamente, restringir sus ambiciones cognoscitivas, los que los critican oponen a su concepción ingenua (y en verdad, simplificada por las necesidades de la demostración) una concepción nomotética de la ciencia de los hechos sociales que es, ella también, fundamentalmente “positivista”. De un positivismo más sutil, más elaborado en Simiand, pero positivista sin ninguna duda<sup>18</sup>.

<sup>18</sup> La misma opinión podría ser desarrollada a propósito de los *Annales*, en tanto el mismo Febvre ha sido uno de los grandes espadachines de la “historia positivista”. Este juego de descalificaciones - y a veces recalificaciones - es una constante de la historia intelectual francesa desde hace un siglo, y merecería ser estudiada. Sería razonable, entre tanto, renunciar a utilizar un calificativo ambiguo y sobredeterminado.

Vayamos más lejos. A un siglo de distancia, uno se sorprende por el carácter extraordinariamente cerrado del debate francés, en tanto que simultáneamente, la discusión se instala en otro lugar, en el mundo alemán en particular, donde es la vez más antigua y mucho más rica. Ni la distancia ni la lengua pueden servir para explicar esta marcada sordera. Los universitarios franceses leen alemán y tienen los ojos fijos en la ciencia alemana. Además, las diversas posiciones fueron presentadas al público francés, en particular en la *Revue de Synthèse historique* creada por Henri Berr en 1900, y que sirvió de *forum* a estas discusiones de método. Sin embargo, los nombres de Dilthey y de Windelband, o los de Rickert, Meyer o Weber, no aparecen prácticamente bajo la pluma de los protagonistas franceses, ni mucho menos los argumentos que ellos desarrollan. Es necesario, por lo tanto, preguntarse por qué se produce esta destacable ausencia. En la cultura académica e intelectual francesa de esa época existían rechazos que la han caracterizado por largo tiempo: rechazo a la filosofía, no solamente por parte de las nuevas ciencias sociales, sino también más allá de ellas; rechazo a la sociología alemana, cuyos efectos se hacen sentir hasta el último tercio del siglo XX y de la cual el pensamiento durkheimniano a sido fuertemente responsable. ¿Por qué estos rechazos? Sin duda porque el modelo francés está enteramente construido en torno de un proyecto de fundación positiva de los saberes, allí donde el modelo alemán, en tanto que es unificado, está inseparablemente ligado a un diálogo con la filosofía, pieza central de la *Bildung*<sup>19</sup>.

La segunda observación apunta también a una ausencia: la del debate que perturba en el mismo momento a las ciencias de la naturaleza. La "crisis de los fundamentos" pone en duda los modelos de científicidad defendidos tanto por Lacombe como por Simiand, comenzando por el credo determinista y el modelo de causalidad que le estaba asociado. Sin duda no se espera que los historiadores y los sociólogos tomaran posición directa en la actualidad científica. Pero esta actualidad se tradujo, casi inmediatamente, en debates filosóficos y epistemológicos, y se encuentra en el origen de posiciones clara y largamente expresadas: *La Science et l'hypothèse* de H. Poincaré es publicada, después de todo, en 1902. Se redescubre en esos años la obra de Cournot bajo la égida, en particular, de E. Boutroux, el autor de *De la contingence des lois de la nature*. Tanto Simiand como sus adversarios, no ignoran ciertamente que en esos años, se está replanteando la noción misma de causalidad y de objetividad, las relaciones entre conocimiento y realidad, entre hipótesis y hecho, entre teoría y experiencia. En estas discusiones, la crítica del empirismo alcanza una dimensión que no tiene punto en común con el debate entablado entre sociólogos e historiadores. Respecto de esto, Simiand está más próximo a Claude Bernard que a Poincaré. Hay allí un desfase que ha podido jugar el rol de un cerrojo epistemológico -y por largo tiempo<sup>20</sup>.

<sup>19</sup> Ver las interesantes sugerencias, sobre este punto, de Fritz Ringer, *Fields of Knowledge. French Academic Culture in Comparative Perspective, 1890-1920*, Cambridge (UK), Paris 1992.

<sup>20</sup> El reciente libro de Enrico Castelli-Gatinara, *Les Inquétudes de la raison. Epistémologie et histoire en France dans l'entre-deux-guerres*, Paris 1998, sugiere de forma paradójica y convincente

## 4.

El debate de 1903 puede con todo derecho ser objeto de una segunda lectura, muy diferente pero no menos evidente. Volvamos a partir de la escenografía elemental durante la intervención de Simiand ante la *Société d'Histoire Moderne*. Esta era una creación reciente (1901) que ilustra el poderoso movimiento de profesionalización de la disciplina histórica en Francia, desde el fin de la década de 1870. Este movimiento, que se desarrolla en íntima relación con la reforma de la enseñanza superior -lo que ahora se llama la "Nueva Sorbona"- quiere transformar y codificar el ejercicio del oficio según criterios estrictos. Tiene la ambición de constituir una comunidad sobre bases rigurosamente científicas que reuniría a sus miembros en torno a una sociabilidad estrictamente profesional. El registro de incumbencias de la *Société d'Histoire Moderne* enuncia claramente estos puntos. La *Société* recluta solamente historiadores "calificados por sus títulos y sus trabajos" y que aceptan "las reglas del método y de la probidad científica". Se compromete a poner a disposición de sus miembros el máximo de información sobre las investigaciones en curso y sobre los recursos archivísticos y documentales, las discusiones y el examen crítico de las publicaciones corrientes y promueve los debates sobre los métodos y la organización del trabajo histórico<sup>21</sup>. La actividad y el proyecto de la sociedad acompaña entonces - y lo resume - el vasto movimiento de reorganización de la historia académica que se desarrolla en Francia entre el final de la década de 1870 y la Primera Guerra mundial.

En el seno de la Sociedad, se encuentran entonces una buena parte de los historiadores de oficio. Uno encuentra también, el "establishment" de la profesión: los grandes profesores de la Sorbona, cuyo prestigio científico está reforzado por una posición institucional inexpugnable en un país todavía muy fuertemente centralizado. Por otra parte, muchos de ellos estaban directamente asociados con la empresa de renovación de la Universidad francesa y en esta ocasión establecieron fuertes vínculos con los dirigentes políticos de la Francia republicana. Charles Seignobos, el blanco privilegiado de la crítica de Simiand, era un perfecto representante de este grupo para el cual la acción era y seguía siendo decisiva. No era el único: entre los interlocutores del sociólogo, en ocasión del debate de 1903, se encuentran otros grandes nombres tales como el de Henri Hauser, uno

---

te que las disciplinas menos armadas conceptualmente entre las ciencias sociales, y en primer lugar la historia, son de hecho más fácilmente abiertas a este "pensamiento de la apertura" que llama la crisis de los fundamentos (tal vez también para sustraerse al "imperialismo" de los sociólogos). Ver, en el mismo sentido y a propósito de la geografía de Vidal de La Blache, Vincent Berdoulay, *La Formation de l'Ecole française de géographie*, Paris 1981.

<sup>21</sup> Ver, además de los estatutos de la Sociedad, el folleto publicado en 1904, *Société d'histoire moderne. Statut. Liste des membres. Communications. Publications*, Paris 1904. También el balance firmado por uno de los principales animadores, el archivista Pierre Caron, al final de tres años de ejercicio: "La Société d'Histoire moderne (1901-1904)", *Revue de Synthèse historique*, 23, 1904, p. 244-250.

de los pioneros de la historia económica en Francia, o historiadores de la antigüedad como Gustave Bloch.

Frente a ellos, un hombre que no tenía todavía treinta años ni tenía todavía reconocimiento universitario (de hecho, Simiand solo ocupará, como buen número de los discípulos de Durkheim, una serie de posiciones al margen de la Universidad, hasta su tardía elección en el *Collège de France* en 1932, tres años antes de su muerte). Si, en 1903, él disfrutaba ya de una reputación fabulosa, ésta no iba mucho más allá de los medios donde su actividad se conocía directamente; el grupo del *L'Année Sociologique*, los círculos normalianos, socialistas, dreyfusianos. No posee ninguno de los títulos consagrados por el mundo académico. No había publicado ningún libro, sólo algunos artículos y, sobre todo, reseñas críticas de publicaciones recientes. Con ese magro capital se atreve a afrontar a los barones de la disciplina histórica. El no es un historiador, y tampoco pretende serlo. Pretende, en cambio, dar a los historiadores galardonados, establecidos, coronados, una lección de método y explicarles cómo reformar su práctica hasta el momento extraviada en un empirismo ingenuo. La relación entre los dos campos era por ende totalmente asimétrica y desigual. Esto explica, sin duda, la violencia del tono de la polémica y, en menor grado, algunas de las respuestas que cosecha. Esto nos incita también a buscar otros desafíos que intervienen en el debate.

La reforma universitaria llevada a cabo por la Tercera República no se había contentado con refundar y reorganizar las disciplinas clásicamente enseñadas en las facultades. Tenía también el propósito de introducir en la Universidad las nuevas disciplinas, y en particular aquellas que en adelante se llamarían ciencias sociales, que estaban tan de moda en ese fin de siglo. La reforma se hizo prudentemente y de forma casi experimental, con resultados desiguales. Si la geografía logró muy rápidamente formas de institucionalización académica (un curso, un programa, el comienzo de la organización profesional), si la economía política comenzaba a autonomizarse en el seno de las facultades de derecho donde era todavía exclusivamente enseñada, la psicología permanecía dividida entre las facultades de letras y de medicina; la etnología no era enseñada fuera del marco de la historia de las religiones, y eso en las instituciones periféricas (*École Pratique des Hautes Études, Collège de France*).

El caso de la sociología es el más problemático. La disciplina era demasiado reciente. Más que ninguna otra ciencia social, su afirmación estuvo ligada a la emergencia de nuevos interrogantes y a la implementación de conceptualizaciones y abordajes inéditos. Alrededor de 1900, la palabra estaba “de moda”, como lo constata irónicamente Tarde - él mismo sociólogo - y a través de ella, lo que evoca de forma más o menos precisa las esperanzas y las inversiones que encierra, un interés difuso por “lo social”, con frecuencia asociado a una voluntad de acción concreta. La sociología interesa, por otra parte, más allá del mundo de la Universidad, y posiblemente sobre todo fuera de ella. En un tono un poco más impaciente, el historiador H. Hauser constata en 1903 que las “ciencias físicas, la literatura, todo cede ante la recién nacida” y que “nadie tiene ‘esprit’ si no es sociólogo”. Durkheim por cierto tiene la preocupación constante por distinguir la ciencia de los



hechos sociales que ambiciona fundar, de otros productos de la moda sociológica. Por eso él había dictado un cuerpo de reglas metódicas y definido las formas de una sociabilidad científica. Sin embargo, a pesar de la abundancia y la calidad de los trabajos que publica con su grupo de discípulos desde mediados de los años 1890, el reconocimiento tarda en llegar. Si el maestro fue finalmente incorporado a la Sorbona en 1902, lo fue para una cátedra de pedagogía -y de hecho, nunca enseñó sociología de forma reconocida. Las dificultades eran más grandes todavía para los jóvenes de la generación que había formado, y que estaban discriminados un poco por todas partes (recordemos que la primera cátedra de sociología no se creará en Francia hasta 1927, para M. Halbwachs, en la Universidad de Strasbourg). La enseñanza de la disciplina estaba dispersa entre las facultades de letras (donde fue anexada a la filosofía hasta la década de 1960), en las de derecho y en algunas de las *Grands Écoles*. Esta institucionalización acotada contrasta, por supuesto, con el brillante éxito intelectual de la escuela durkheimiana<sup>22</sup>. La sociología tiene, si se puede decir así, una cabeza enorme sobre un cuerpo endeble.

Ahora, ¿qué se proponía Simiand en el texto presentado ante la *Société d'Histoire Moderne*? Nada menos que conformar la agenda epistemológica de los historiadores con la de las ciencias sociales. Él declara: "Por un lado, no hay una historia de los fenómenos sociales y, por el otro, una ciencia de esos mismos fenómenos". Sólo puede existir un esfuerzo coordinado entre los emprendimientos que conciernen a objetos comunes y deben obedecer a los mismos requisitos. Uno no puede dejar de señalar que, en el título de su intervención, Simiand habla de la ciencia social, en singular. La ciencia social, es la sociología que tiene la vocación de reunir en torno de su proyecto y bajo su magisterio metodológico y epistemológico el conjunto de las disciplinas, inútilmente separadas, que estudian los hechos sociales. Puesto que desde el punto de vista del sociólogo es la más englobante, la más sobresaliente, la compartimentalización disciplinaria carece de fundamento; juega además un rol intelectual e institucional constrictivo y falaz, prohibiendo toda reformulación en profundidad del debate científico. Tal es en 1903, y lo será en los años siguientes, el sentido del combate emprendido por Simiand frente a las otras disciplinas, tal era el verdadero proyecto de *L'Année sociologique*. A la geografía, a la economía, a la psicología, pero en primer lugar a la historia, les propone adquirir las modalidades particulares de una sola ciencia social unificada que sería administrada por las reglas del método sociológico. Sin embargo, a la historia se le concede un lugar aparte. Si los procedimientos de trabajo que se le exige adoptar se deben conformar al modelo general, ella puede por el contrario, abrir a la comunidad de las ciencias sociales la dimensión temporal y, por lo tanto, una posibilidad de experimentación particular. Pero este ya no es tema

---

<sup>22</sup> Remito sobre este punto al artículo esencial de Victor Karady, "Durkheim, les sciences sociales et l'Université: bilan d'un demi-éche", *Revue française de sociologie*, XVII, 2, 1976, p. 267-311, así como a la abundante producción de este autor que ha renovado largamente nuestro conocimiento sobre la historia de las disciplinas universitarias en Francia desde fines del siglo XIX y comienzos del XX.

central. La historia, bien realizada, es invitada a servir de banco de ensayo para hipótesis que serían construidas fuera de ella. En el corazón del dispositivo propuesto, se reencuentra evidentemente, la sociología de la cual Durkheim y Fauconnet afirmaban, el mismo año de 1903, que era “el sistema de las ciencias sociales”<sup>23</sup>.

La ofensiva epistemológica va acompañada entonces, con una agresión disciplinaria. La sociología, que existe apenas en la Universidad francesa hacia fines del siglo, ataca frontalmente a la historia, la disciplina que, con la filosofía, se beneficia de la mayor legitimidad en la enseñanza superior, tanto en términos científicos como ideológicos - ella tiene a su cargo la caracterización normativa de la Nación. Una disciplina instalada, si uno osa decirlo así. El golpe intentado por Simiand es el de un grupo minoritario que, seguro de sus convicciones y de su brillante éxito intelectual, intenta una suerte de poder al reivindicar una tutela sobre las disciplinas vecinas en el seno de un espacio científico unificado<sup>24</sup>. La tentativa no tendrá éxito porque entre los protagonistas, las relaciones de fuerza estaban demasiado desequilibradas. La sociología no tenía y no tendrá por largo tiempo en Francia, los medios para sostener esa política. La Primera Guerra mundial, que verá la desaparición del fundador y que, sobre todo, diseminará los rangos de los jóvenes durkheimianos, la debilitará aún más. El debate de 1903 planteó los términos de un problema. Pero no culminará en la solución esperada.

## 5.

Vayamos por fin a una tercera lectura del debate, o más precisamente, a sus efectos diferidos. En 1960, *Annales* republicó, el original (aunque aligerado con algunos cortes), del artículo de Simiand. El texto fue acompañado por una simple nota de Fernand Braudel que recordaba la importancia que tuvo para los historiadores formados, como él mismo, antes de la Segunda Guerra mundial. Por otra parte, fue publicado en la sección “Debates y combates” tradicionalmente destinada a acoger las controversias más significativas, lo que era una manera de subrayar su actualidad, más de cincuenta años después de la polémica de 1903. Fue verdaderamente en esta versión que el artículo fue eficazmente puesto en circulación y que encontró un cierto rejuvenecimiento, en un contexto intelectual bien particular, sobre el cual volveremos. Probablemente no es exagerado afirmar que en ocasión de su reaparición en *Annales*, el texto de Simiand fue presentado y recibido como una suerte de prefiguración del programa elaborado, a partir de 1929, por la revista de Marc

---

<sup>23</sup> Emile Durkheim y Paul Fauconnet, “Sociologie et sciences sociales”, *Revue philosophique*, 55, 1903, p. 465-495.

<sup>24</sup> Se notará que este modelo es, a poco andar, el que tomará de nuevo la ofensiva estructuralista en Francia hacia el final de los 1950 y en los años 1960 - y que de nuevo se intentará reunificar las ciencias sociales (incluso más que las ciencias sociales) alrededor de una proposición metodológica unificada.

Bloch y de Lucien Febvre. Yo debo haber sido uno de los primeros en instalar una lectura de este tipo en un artículo de 1979 identificándolo como “una suerte de matriz teórica”. Las relaciones entre la historia y las otras ciencias sociales son definidas en términos que, setenta y cinco años después, son todavía procedentes, al menos formalmente<sup>25</sup>. Tal vez valga la pena volver sobre esta afirmación.

En efecto, no hay duda que los fundadores de *Annales* le deben mucho a las proposiciones, a las maneras de hacer, al estilo intelectual. Podría decirse, de manera más general, al movimiento durkheimniano. Todavía como estudiantes de la *École Normale* a comienzos del siglo, Febvre y Bloch se formaron en contacto con esta agitación de ideas. El primero lo ha recordado refiriéndose, precisamente, a una obra de Simiand treinta años más tarde: “Cuando a los veinte años, con sentimientos mezclados de admiración y de rebelión instintiva, nosotros leíamos *L'Année sociologique*, una de las novedades que más atraía nuestra atención, ¿acaso no era ese perpetuo esfuerzo de transformación, de readaptación de los cuadros de clasificación, que, de volumen en volumen, se acomodaban y se modificaban - y siempre por razones que los colaboradores de Durkheim exponían, discutían, aclaraban? Bella lección de método, que ellos no ofrecían solamente a sus fieles declarados”. Y él explicita la alusión, por si era necesario, hablando de Simiand como de “un hombre que antaño decía a los historiadores verdades muy duras (...) No despertemos viejos ecos, recordando títulos y nombres: títulos de artículos vigorosos, bajo la fuerza de los cuales se ha escamado, antaño, el barniz de certidumbre apacible con el cual nosotros salíamos totalmente inducidos por los sonidos de nuestros buenos maestros; o también, nombres de historiadores zarandeados, por la mano firme, por un puño sin desfallecimientos, por una crítica de una rara clarividencia”<sup>26</sup>. Se pueden encontrar en los números de *Annales* de pre-guerra, otros testimonios apoyados de esta filiación reivindicada, otros homenajes a la escuela francesa de sociología y, más particularmente a François Simiand. Los primeros bosquejos de la revista, al comienzo de los años 1920, se inspiraron mucho en su organización en los índices de *L'Année sociologique*<sup>27</sup>. Puede ser útil recordar que al lanzar *Annales d'histoire économique et social*, Febvre y Bloch intentaron convencer a Simiand para que integrase el comité de dirección que trataban de reunir en torno a ellos. En 1929, en su presentación inaugural “a nuestros lectores” refleja bastante exactamente ciertas preocupaciones expresadas por el sociólogo en 1903. Ellos también denunciaban las barreras disciplinarias que “aislaban desventuradamente a los historiadores de todos

<sup>25</sup> Jascque Revel, “Histoire et sciences sociales: les paradigmes des Annales”, cit. p. 1363

<sup>26</sup> Lucien Febvre, “Histoire économique et statistique”, *Annales d'histoire économique et sociale*, 2, 1930, p. 581-590 (citación en p. 583-585) (se trata de una reseña de *Cours d'économie politique* dictado en el Conservatorio nacional de artes y oficios y publicado por Simiand en 1929-1930).

<sup>27</sup> Bryan et Mary Lyons, *The Birth of Annales History: the Letters of Lucien Febvre and Marc Bloch to Henri Pirenne (1921.1935)*, Bruxelles, 1991.

aquellos que se consagraban al estudio de las sociedades y las economías contemporáneas” y ambicionaban eliminar las barreras que aislaban a las distintas ciencias sociales. Ellos también tenían una concepción voluntarista, constructivista de la investigación; promovían las investigaciones colectivas, animaban las confrontaciones y los debates, valorizaban la experimentación. Esta reivindicación de origen durkheimniano no se detiene por otra parte, con la generación de los fundadores: fue retomada por Braudel, pero también por E. Labrousse (el verdadero heredero intelectual de Simiand), por P. Vilar, por J. Bouvier. Y se lo puede ver en el desarrollo de la historia cuantitativa que dominará los años 1950-1970, una ilustración de la experimentación en la historia que recomendaba la conferencia de 1903<sup>28</sup>.

Sin embargo, Simiand no se vinculó a *Annales*. Sería demasiado fácil invocar aquí su carácter sombrío y una tendencia probable a replegarse sobre sí mismo en sus últimos años<sup>29</sup> ¿Podría él reconocerse en el programa y en las primeras realizaciones de la nueva revista? En la misma reseña del *Cours d'économie politique* donde evoca tan favorablemente la polémica de 1903, L. Febvre termina su nota, muy elogiosa, con estas palabras: “Historiadores, ¿qué hay allí para nosotros? ¿Resultados para utilizar tal cual? ¿Procedimientos de investigación para transpasarlos del presente al pasado, sin modificación o, al menos, con el cuidado de modificarlos lo menos posible? Evidentemente no”<sup>30</sup> ¿Forzaremos demasiado este texto leyendo detrás del elogio, la impaciencia de un historiador que reivindica la especificidad de su abordaje y la necesidad de una dimensión histórica en cualquier reflexión sobre los objetos sociales? En todo caso, las condiciones de la experiencia propuesta por *Annales* no son, a pesar de las fuertes semejanzas, las mismas que anunciaba el programa de Simiand al comienzo del siglo.

Es en torno de la historia que Febvre propone ahora realizar la unidad de las ciencias sociales, pero los historiadores toman la iniciativa esta vez. La empresa de *Annales* puede ser comprendida, ella también, como un conjunto de proposiciones científicas y, a la vez, como la expresión de una estrategia -implícita al comienzo, pero de más en más explícita- que es inseparablemente científica, disciplinaria e institucional. De esto resultarán consecuencias no despreciables. El éxito de *Annales* está en el origen del carácter original de la experiencia francesa en el siglo XX: no solamente la historia ha sido considerada como una ciencia social, sino, en gran medida, ha sido alrededor de ella que las ciencias sociales se han organizado hasta los años 1960 al menos.

<sup>28</sup> Ver por ejemplo el artículo ya clásico de François Furet, “L’histoire quantitative et la construction du fait historique”, *Annales ESC*, 1, 1971, p. 63-75.

<sup>29</sup> Cf. “Une correspondance entre Lucien Febvre et François Simiand à l’aube des *Annales*” publicada por Jean-Pierre Rioux, *Vingtième Siècle*, 23, 1989, p. 103-110.

<sup>30</sup> Lucien Febvre, “Histoire, économie et statistique”, cit p. 589.

Y hay más. Si han entendido bien la lección de las críticas de Simiand, Febvre y Bloch no están dispuestos por ello a ajustarse a una ortodoxia ni a aceptar las reglas prescriptivas de la epistemología sociológica. La confrontación que los primeros *Annales* quieren organizar es doble: debe jugar en primer lugar, entre los abordajes diversificados del presente que elaboran las ciencias sociales, y que deben servir para enriquecer los modelos de inteligibilidad del pasado; deben, en sentido inverso, hacer servir el conocimiento del pasado a la interpretación de lo contemporáneo. Es entonces, la complejidad del tiempo social que sirve de eje al encuentro interdisciplinario. Esta reformulación va acompañada por un deslizamiento significativo. Para Durkheim y los suyos, era el *método* el único que podía pretender unificar el campo de las ciencias sociales. Para los historiadores de *Annales*, será el *objeto* que se supone común a todas estas ciencias, es decir, el hombre en sociedad (y no es por azar que, durante mucho tiempo, la fórmula “ciencias del hombre” ha prevalecido en Francia sobre la de “ciencias sociales”). Esto conduce, en general, a ignorar lo esencial de la construcción teórica propuesta por los sociólogos al cambiar el siglo, aún cuando continúan refiriéndose a ella y a encontrar en ella fuertes sugerencias. La afirmación de una unidad de lo social proviene, en Bloch, en Febvre y en sus sucesores, de una convicción práctica más que de una posición epistemológica. Lo “social” no es jamás el objeto de una conceptualización articulada, sistemática. Es más bien el espacio de un inventario, siempre abierto, de relaciones que fundan “la interdependencia de los fenómenos”. Al fin, esto no está tan alejado de la concepción del *Zusammenhang* que Simiand criticaba tan duramente ante la *Société d'Histoire Moderne*.

¿Por qué entonces re-publicar “Méthode historique et science sociale” en *Annales* en 1960? En la corta nota que lo introduce, F. Braudel lo recomienda a la “atención de los jóvenes historiadores, para permitirles comprender ese diálogo de la historia y las ciencias sociales, que continúa siendo el objetivo y la razón de ser de nuestra revista”. La coyuntura intelectual, la relación existente entre las disciplinas sociales ya no tiene, por cierto, gran cosa en común con la situación del comienzo del siglo ni aún con la de los comienzos de *Annales*. El movimiento historiográfico que han suscitado ha tomado una amplitud y obtenido un reconocimiento remarcable. No obstante, nada está dado. Una relación oficial sobre la investigación científica en Francia y sus necesidades, en la cual Braudel ha escrito sobre aquello que concierne a las ciencias sociales, retoma el programa de *Annales* (que entre tanto se convirtió en el de la Sexta Sección de la *École Pratique des Hautes Études*): “cualquiera sea su edad (o su éxito), todas las ciencias humanas son ‘encrucijadas’, o, si se lo prefiere, puntos de vista diferentes sobre el mismo conjunto de realidades sociales y humanas. A continuación, según la coyuntura intelectual, ha habido y debe haber fases de aproximación y fases de segregación, de las diversas ciencias humanas. Las fases de segregación, donde cada uno se sumerge en su dominio particular, lo defienden contra el vecino, corresponden al nacimiento de nuevas ciencias, es decir de nuevos métodos o de nuevos puntos de vista; la demografía, la sociología, la etnografía, por citar los ejemplos más recientes. Así se han desarrollado la historia económica y social o la psicología social. Hoy en día, después del desarrollo bastante desordenado de muchas ciencias

nuevas, se impone un acercamiento global, comprendido como una puesta en común de todo lo adquirido y una superación sistemática de las antiguas posiciones”<sup>31</sup>.

Se trata, evidentemente, de un texto político, y no solamente porque está incluido en un informe oficial. Braudel, que ocupa una posición central en el dispositivo francés de las ciencias sociales, plantea un diagnóstico que es probablemente menos sereno de lo que deja entender la última frase, optativa, de nuestra cita. Se encontrará confirmación en la constatación con la que abre, el año siguiente, el célebre artículo sobre “la larga duración”<sup>32</sup>: “Vivimos una crisis general de las ciencias del hombre: ellas están abrumadas por su propio progreso”. En ese texto se ha leído un alegato para hacer el análisis diferencial de las temporalidades y una demostración de las ventajas del tiempo largo, que es una manera de recordar el lugar irreductible de la historia en el concierto de las ciencias sociales. Pero se debe leer, en otro registro, una anticipación de la crisis que se anuncia: la violencia de la ofensiva estructuralista en Francia, hacia fines de 1950, llevada adelante por disciplinas jóvenes, débilmente reconocidas, fuertemente armadas de opciones teóricas y metodológicas originales, que tienen en común, entre otras cosas, un explícito anti-historicismo. Ya hemos tenido la ocasión de notar el parentesco entre el momento estructuralista y el momento durkheimniano, sesenta años antes. En uno y otro caso, el magisterio instalado de la historia se ve puesto en duda en nombre de una concepción unificada y prescriptiva de las ciencias sociales. Braudel lo comprendió bien, y recomienda modestamente, abogar por una concepción más práctica, minimalista, “ecuménica” de la interdisciplinariedad, en la que la historia -“tal vez la menos estructurada de las ciencias del hombre”- podría servir de terreno común y jugar el rol de una *lingua franca*. Concepción sorprendentemente discreta, si se recuerda cuál era entonces la pujanza de la disciplina histórica!

Es a partir de este diagnóstico que se puede intentar comprender la publicación del texto de Simiand en *Annales* de 1960. Permite, en primer lugar, reivindicar una filiación de las ciencias sociales emergentes: *Annales* es la heredera de esta crítica devastadora de la historia tradicional ¿No ha cumplido, después de todo, con las exigencias establecidas por la sociología de comienzos del siglo? La cita de la publicación recuerda, en segundo lugar, que las configuraciones conflictivas de 1960 no son nuevas: han tenido precedentes en el pasado y la crisis es, tal vez, como lo sugiere Braudel, un régimen normal de relacio-

<sup>31</sup> Este informe a ha sido publicado bajo el nombre de Henri Longchambon, presidente del Consejo superior de la investigación científica y del progreso técnico, y enviado al gobierno francés en junio de 1957. Es bajo su nombre también, que la sección sobre las ciencias sociales apareció en los *Annales ESC*, 1, 1958, p. 94-109, bajo el título “Les sciences sociales en France. Un bilan, un programme” (cita p. 96)

<sup>32</sup> Fernand Braudel, “La longue durée”, *Annales ESC*, 4, 1958, p. 725-753 (reimpreso en *Ecrits sur l'histoire*, Paris, 1972, p. 41-83); se completará útilmente este texto con el artículo “Unité et diversité des sciences de l'homme”, *Revue de l'enseignement supérieur*, 1, 1960, p. 17-22 (reimpreso en *Ecrits*, p. 85-96).

nes y confrontaciones entre las ciencias sociales. Se puede imaginar, en fin, que la evocación de la controversia de 1903 juega un rol de advertencia en el debate contemporáneo. François Simiand tenía mucha razón contra adversarios que serán los mismos que, veinticinco años más tarde, *Annales* elegiría a su turno. Pero la estrategia que él servía, el proyecto de unificación de ciencias sociales en torno al método sociológico, ha fracasado. Cuando F. Braudel defiende una interdisciplinaria flexible y empírica contra el cientificismo prescriptivo que encarna el movimiento estructuralista, el recuerdo de este gran proyecto durkheimiano y su fracaso bien podría no estar desprovisto de significación.